



José María Cañas

# "La libertad clásica y barroca"

En la edición de "La Hora" del jueves, 10 de octubre, se da a la publicidad un hermoso, kilométrico y bien construido editorial, bajo el título de "La libertad de don José". Este "don José" no es el de la ópera "Carmen", sino el gacetillero que aquí escribe. Pocas veces —la verdad—, se me ha concedido un honor de semejante kilometraje y monta. Las ideas que ahí se exponen tienen por inmediato objeto el mostrar la sinrazón de mis razones y como medida provisional, manifiesto de corazón que leído de corrido, me parece que están muy en lo cierto. Tenemos que partir del principio, anejo a todo pensamiento expuesto, que alguna razón ha de tener aunque no la tenga en parte. Y leyendo hemos llegado a un punto de sumo interés, el que confieso desconocía: "Porque un campesino sin tierra no tiene libertad; ni un obrero sin la seguridad de un diario trabajo bien remunerado, tampoco". Esta concepción de la libertad era totalmente desconocida por mí. Razón tiene el editorialista cuando dice que "don José defiende la libertad que adquirió el hombre culto y más o menos acomodado. La libertad de hablar, de pensar, de expresarse". Todo lo cual lo oprime nuestro contrincante como una parte importante, "pero no representa más que una pequeña dimensión de esa máxima aspiración del hombre".

Estamos pues, frente al problema de las dos libertades con las que hemos titulado este pequeño estudio. La libertad que concibe el que escribe es la de pensar, expresarse, moverse, tener "acceso" a todo cuando el mundo ofrece sin necesidad de permiso alguno. Ese esquema se llama "libertad política". Es, no solamente producto del pensamiento de los míticos tiempos griegos y cristianos; de los grandes motines en el seno de Roma; de las revoluciones de pensamiento, como la del siglo XIII, promovida por el doctor Angélico, cuya teoría "tomista" hizo santo al Santo de Aquino; y que en el XVI, llevara a la inmortalidad al dominico Bartolomé; y en el XVIII conmoviera a Europa total y absoluta. Fueron todas estas convulsiones libertarias la búsqueda de una libertad del espíritu, que era salvar al hombre de la esclavitud primero, del absolutismo, después, del colonialismo, de último. Pero fue ese movimiento copulativo de ideas, fomentado y exasperado con la presencia del pensamiento de Marx en la Alemania que emergía de la revolución del 48, y en la arruinada industria de Manchester en Inglaterra, (situaciones que ya hoy no existen) que la libertad se fue tornando en un contenido más profundo, en un dilatado espectro más ambicioso hasta llegar al punto en el que nuestro "editorialista" plantea su reforma, que llamaremos, modestamente, una "libertad barroca", en donde tiene asiento desde el espíritu hasta el pílora, el estómago y el duodeno.

Esta "libertad barroca" va a nacer desde el XIII, pero ha de realizarse en forma enérgica y materialista, cuando Vladimir Ilich Ulianov construye un imperio esclavo, sordido, cruel, pero donde el ser humano como nunca mejor pero nunca peor.

Tal diversidad de criterios, que en cuanto a los que estamos enfrascados en este cambio respetuoso de opiniones no logra mayor importancia, es precisamente, en el plano universal, el que divide a los dos más grandes conglomerados humanos en que se haya dividido jamás la Humanidad.

ooOoo

Concediendo su razón al "editorialista", deseo ampliar un poco lo que él llama la independencia, pues esto tiene mucho que ver con la "libertad", ahora sometida a criterios opuestos. En el ejemplo que sirve de concreción al problema, ya fijado anteriormente repitiendo las palabras del "editorialista", tendremos que dejar claro los conceptos que nos

separan. Mi arcaica, floja, apollillada idea es que: "El hombre tiene libertad de conseguir tierras, así como está en libertad de lograr un puesto seguro y bien remunerado". Nada se lo impide. Pero para lograrlo, requiere un enorme sacrificio de trabajo, de estudio, de economía de conducta, de responsabilidad, todo ello mantenido al través de muchos años. Un hombre, que no posea cultura en ningún grado puede lograr ambas cosas con su esfuerzo humano. Claro está que esto no es comida de trompudos. Podría relatar hechos que son ejemplares. Por esta razón considero que la libertad de poder hacerlo, llena su función a plenitud.

Admito desde luego, que el hombre no es completamente libre, porque en la Naturaleza, en las sociedades, hasta las más avanzadas, el hombre ha sido supeditado a leyes tan inmutables como las que rigen el cosmos. La sociedad es una armazón, una telaraña, un entrevero de circunstancias, que aprisionan al hombre con sus deberes, sus obligaciones, sus leyes, sus impuestos, sus compromisos morales, su salud, su familia, sus relaciones amistosas. Todo este tejido que es una sociedad es su propia razón de ser. En realidad, el hombre es independiente porque su pensamiento lo es, su expresión y acción, lo son, porque su cuerpo se movilizaba sin cortapisas. Pero el hombre está sujeto por hilos impalpables, a veces invisibles, que limitan sus movimientos, sus ambiciones, y hasta su propio destino.

Cuando él que ahora escribe andaba en las travesuras literarias de los veinticinco años formaba parte de un grupo de indefensos, ignorantes y culturalmente zarrapastrosos que giraban alrededor de la más abraacadabrante figura literaria de la época. Era un ser fantasma, delgado y moreno, cabezón y enjuto, ojos despiertos y enrojecidos, mueca amarga, pluma fina, elegante, poética y vitriólica, que dijo esta frase muestra del impalpable hilo que enreda y aprisiona al hombre, aherrojándolo cuando menos se lo piense: "De aquella larga y fatigosa marcha, sólo un cansancio me quedó de ti".

Cómo era posible que aquel energúmeno personaje de pesadilla, como una acuatrela de Toulouse Lautrec; que aquel juglar dipsonmano, brillante maestro de un billarismo cerebral; picaresco viajero impenitente de la Poesía a la Sátira y de allí a la Gallofa; que explicación hay para entender y conocer el que se pueda estar atado sutilmente por un "cansancio", que lo maniatara, lo aherroja tras "La larga y fatigosa marcha".

En una mala madrugada nos lo mató la calle. Noche y calle frías, transidas de lluvia y carbonillos de luces de arco; llorando lo fuimos a enterrar. Se llamaba Miguel Angel, como el genio del Renacimiento italiano. Pero nosotros, que girábamos alrededor de su talento monstruoso, le decíamos "el cholo". "¡El cholo Obregón!".

Era el poeta más libre, más desprendido, más sideral, volátil, más etéreo; pero nadie sabía que estaba atado al fino hilo de un amor ignorado y oscuro. Tampoco era libre, ¡é!l!, que fue libre hasta para escoger su muerte.

ooOoo

Y en este acongojado sepelio al que asistieron poetas y "chichas", mariposas y serenateros, daifas, petardistas, consagradas de las letras, figuras nacionales de las artes, hombres de gobierno y hasta gacetilleros sin ortografía, transidos todos por la pena de enterrar a un energúmeno Fénix, es posible que les pareciera a todos que Marx, con su obstinada manía materialista, no pasaba de ser un insigne majadero. Porque el dolor humano, el verdadero dolor humano, estuvo, está y estará siempre en el implacable tránsito y no en las minucias diarias, que todas son remediables.